

Hombres hay aun que creen que el reino de Jerusalén era un mezquino valle, indigno del pomposo nombre con que se le ha engalanado; mas lejos de ser así, era un vastísimo país. Toda la Escritura; los autores paganos, como Hecaleo de Abdera, Teofrasto, el mismo Estrabon, Pausanias, Galeno, Dioscórides, Plinio, Tácito, Solin, Amieno Marcelino; los escritores judíos, como Josefo; los compiladores del *Talmud* y de la *Misna*; los historiadores y los geógrafos árabes, Massu li, Ibn-Haukal, Ibn-al-Quadi, Hamdoullah, Abulfeda, Edrisi, etc.; y los viajeros en Palestina, desde los primeros tiempos hasta nuestros días, tributan un testimonio unánime á la feracidad de la Judea. El abate Gueneo ha discutido estas autoridades con una claridad y una crítica admirables. ¿Por qué ha de causarnos estrañeza que una tierra fértil se haya esterilizado despues de tantas devastaciones? Jerusalén ha sido tomada y saqueada diez y siete veces; dentro de su recinto han sido esterminados muchos millones de hombres; y este esterminio dura todavía, por decirlo así; ninguna otra ciudad ha sufrido tan desastroso destino. Un castigo tan largo, y casi sobrenatural, anuncia un crimen sin ejemplo, que ninguna espacion alcanza á borrar. En esa región, presa del hierro y del fuego, los campos incultos han perdido la fecundidad que debian al sudor del hombre; los manantiales han sido sepultados por grandes trastornos topográficos; y la tierra de las montañas, no sostenida por la industria del vinador, ha sido arrastrada al fondo de los valles; y las colinas, cubiertas un día de bosques de sicómoros, solo ofrecen ya unas cimas áridas y descañadas.

Habiendo, pues, perdido los cristianos este reino en 1291, los soldanes Baharitas permanecieron en posesion de su conquista hasta 1382; época en que los mamelucos circasianos usurparon la autoridad en Egipto, y dieron á la Palestina una nueva forma de gobierno. Si los soldanes circasianos son los que establecieron una estacion para recibir los pichones, y varias paradas para conducir al Cairo la nieve del monte Líbano, preciso es convenir en que, para ser unos bárbaros, tenían una idea bastante clara de las comodidades de la vida. Selim puso fin á tantas revoluciones, apoderándose en 1716 del Egipto y de la Siria.

Examinemos ahora esta Jerusalén de los turcos, esta décimasétima sombra de la primitiva Jerusalén.

Al salir del convento, nos dirigimos á la ciudadela, que en otro tiempo á nadie se permitia visitar; pero hoy que está arruinada, es accesible á cualquiera, mediante algunas monedas. D' Anville prueba que este castillo, llamado por los cristianos el *Castillo ó la Torre de los Pisanos*, está construido sobre las ruinas del antiguo castillo de David, y que ocupa el lugar de la torre Psephina. Nada notable ofrece; es una fortaleza gótica, como otras muchas, con patios interiores, fosos, caminos cubiertos, etc. Enseñaronme una sala abandonada, llena de cascos antiguos, algunos de los cuales tenían la figura de un gorro egipcio; vi tambien muchos tubos de hierro de la longitud y calibre de un cañon de fusil, cuyo uso ignoro. Intenté en secreto comprar dos ó tres de aquellas antiguallas; mas no recuerdo ya qué incidente hizo abortar mis diligencias.

Desde el castillo se descubre á Jerusalén de Poniente á Oriente, como desde el monte Olivete se la ve de Oriente á Poniente. El paisaje que rodea la ciudad es horroroso, pues no se divisa por donde quiera, otra cosa que montañas desnudas, redondeadas en sus cimas, ó terminadas en plataforma; muchas de ellas sostienen á largas distancias ruinas de torres ó de mezquitas. Estas montañas no son tan continuas, que no presenten algunos espacios á través de los cuales pueda la vista recorrer otras perspectivas; pero estos espacios solo dejan ver otra serie de peñascos tan áridos y monotonos como los primeros.

Desde lo alto de la torre de David descubrió este á Betsabé que se bañaba en los jardines de Urias. La criminal pasion que por esta mujer concibió, le inspiró mas tarde sus magníficos *Salmos Penitenciales*.

Ignórase el por qué el castillo de Jerusalén se llama el *Castillo de los Pisanos*. D' Anville, que se entrega acerca de esto á diferentes conjeturas, menciona un pasaje de Belém, del que resulta que los pisanos impusieron la suma de nueve ducados por entrar en el templo, cuando eran dueños de Jerusalén, suma que ha seguido pagándose desde su tiempo.

La ciudadela de los Pisanos estaba guardada, cuando la visité, por una especie de agá semi-negro, que tenia encerradas en ella á sus mujeres; y hacia bien, por cierto, á juzgar por la prisa que se daban en dejarse ver en aquellas tristes ruinas. Por lo demás, no descubrí ni un cañon; y tal vez el retroceso de uno solo hubiera dado en tierra con todas aquellas vetustas almenas.

Salimos del castillo despues de haberlo examinado durante una hora, y tomamos una senda que se dirige de Poniente á Oriente, llamada la *Calle del Bazar*; es la calle principal y la parte mejor de Jerusalén. Mas, ¡cuánta desolacion, cuánta miseria! Pero no anticipemos la descripcion general. A nadie encontraríamos, porque la mayor parte de los habitantes se habia refugiado á la montaña á la llegada del pachá. La puerta de algunas tiendas abandonadas estaba abierta, y tras ella se descubrian unos reducidos aposentos de siete á ocho piés cuadrados, donde el amo, fugitivo á la sazón, come, se acuesta y duerme sobre la única estera que constituye todo su ajuar.

A la derecha del Bazar, entre el Templo y el pié del monte Sion, entramos en el cuartel de los Judíos. Estos, protegidos por su miseria, habian arrostrado el asalto del pachá; allí estaban todos cubiertos de harapos, sentados en el polvo de Sion, buscando los insectos que los devoraban, y fijos los ojos en el Templo. El dragoman me hizo entrar en una especie de escuela; quise comprar el *Pentateuco* hebreo, en que un rabino enseñaba á leer á un niño; pero no quiso vendérmelo. Se ha observado que los judíos extranjeros que se establecen en Jerusalén viven poco tiempo. Por lo que respecta á los de la Palestina, son tan pobres, que todos los años envian emisarios á Egipto y Berberia á hacer cuestaciones entre sus hermanos.

Yo habia empezado unas investigaciones bastante largas relativamente al estado de los judíos en Jerusalén, desde la ruina de esta ciudad por Tito hasta nuestros días; habia entrado en una interesante discusion acerca de la fertilidad de la Judea; pero á la publicacion de los últimos tomos de las *Memorias de la Academia de las Inscripciones*, he suprimido mi trabajo. Hállanse en estos tomos cuatro Memorias del abate Gueneo, que nada dejan que desear acerca de los dos asuntos que me proponia tratar. Estas Memorias son unas verdaderas obras maestras de claridad, de crítica y de erudicion. El autor de las *Cartas de algunos judíos portugueses*, es uno de los hombres cuya reputacion han ahogado en vida sus cábalas literarias; pero cuya fama crecerá en la posteridad. Remito al lector curioso á esas excelentes *Memorias* que hallará fácilmente, pues acaban de ver la luz pública, y existen en una coleccion que no es rara. No abrigo la pretension de esceder á los maestros, y sé arrojar al fuego el fruto de mis estudios, reconociendo su superioridad sobre mí.

Del cuartel de los Judíos pasamos á la casa de Pilatos para examinar por una ventana la mezquita del Templo, pues está prohibido bajo pena de muerte á todo cristiano entrar en el atrio que circuye esta mezquita, cuya descripcion aplazo para cuando hable de los monumentos de Jerusalén. A escasa distancia del pretorio de Pilatos hallamos la Piscina Probática y el

palacio de Herodes, que es una ruina cuyos cimientos pertenecen á la antigüedad.

Un antiguo hospital cristiano, consagrado actualmente al alivio de los turcos, atrajo nuestra atencion; en él nos fue enseñada una inmensa caldera, llamada la *Caldera de Santa Elena*. Todo musulman que antiguamente se presentaba en este hospital, recibia dos panecillos y algunas legumbres cocidas con aceite; los viernes se añadia á esta distribucion arroz condimentado con miel ó con uvas; nada de esto se practica ya; y apenas subsiste algun vestigio de esa caridad evangélica, cuyas emanaciones se habian adherido, por decirlo así, á las paredes de este hospital.

Atravesamos de nuevo la ciudad, y volviendo á buscar la puerta de Sion, Ali-Agá me hizo subir con él á las murallas; pero el dragoman no se atrevió á seguirnos. Allí ví algunos antiguos cañones de veinte y cuatro, montados sobre unas cureñas sin ruedas, y colocados en las troneras de un bastion gótico. Un centinela que fumaba en su pipa en un ángulo, quiso gritar; pero Ali-Agá le amenazó con arrojarle al foso si no callaba; el centinela calló y yo le gratifiqué.

Los muros de Jerusalén cuyo circuito recorrí á pié tres veces, presentan cuatro frentes á los cuatro vientos; forman un cuadrángulo, cuyo lado mayor se estiende de Oriente á Occidente. D' Anville ha probado por medio de las medidas y las situaciones topográficas, que la antigua Jerusalén no era mucho mas espaciosa que la moderna; lejos de esto, ocupaba casi el mismo lugar, á no ser que encerrase todo el monte Sion, y dejase fuera el Calvario. No debe tomarse literalmente el testo de Josefo, cuando asegura que las murallas de la ciudad se adelantaban hácia el Norte hasta los sepulcros de los Reyes; el número de estadios se opone á esto; por otra parte, pudiera añadirse que las murallas tocan hoy á estos sepulcros, pues no distan de ellos quinientos pasos.

El actual muro de circunvalacion es obra de Soliman, hijo de Selim, como lo prueban las inscripciones turcas grabadas en él. Dicese que el intento de Soliman era encerrar el monte Sion dentro del circuito de Jerusalén, y que mandó quitar la vida al arquitecto por no haber obedecido sus órdenes. Estas murallas flanqueadas de torres cuadradas, tienen en la plataforma de los bastiones unos treinta pasos de anchura y ciento veinte piés de elevacion, y no tienen otros fosos que los valles que rodean la ciudad. Seis cañones de á doce, disparados á barbata, levantando únicamente algunos gabiones, sin abrir trincheras, harian en una noche una brecha practicable; los turcos se defienden bien detrás de una pared por medio de aspilleras. Jerusalén está dominada por todas partes; y para hacerla defendible contra un ejército regular, seria preciso hacer grandes obras exteriores al Occidente y al Norte, y construir una ciudadela sobre el monte Olivete.

En este monton de escombros á que se da el nombre de ciudad, los naturales se han complacido en dar el nombre de calles á unos pasadizos desiertos.

Estas divisiones son bastante curiosas, y merecen ser mencionadas con tanto mayor motivo, cuanto que ningun viajero las ha mencionado; no obstante, los padres Roger, Nau, etc., nombran algunas puertas en árabe. Doy principio por estas:

*Bab-el-Kzalil*, la puerta del Bien-Amado, da salida hácia el Occidente para ir á Belém, Hebron y San Juan del Desierto. Nau escribe *Bab-el-Khalil*, y traduce puerta de *Abraham*: es la puerta de Jafa de Deshayes, la puerta de los peregrinos, y algunas veces la puerta de Damasco, de los demás viajeros.

*Bab-el-Nabi-Dahoud*, la puerta del profeta David; está situada al Mediodia en la cima de Sion, casi en frente del sepulcro de David y del Santo Cenáculo. Nau escribe *Bab-Sidi-Daod*. Deshayes, Doubdan, Roger, Cotovico, Benard, etc., le dan el nombre de *Puerta de Sion*.

*Bab-el-Maugrabé*, la puerta de los Maugrabinos ó de los Berberiscos; hállase entre el Oriente y el Mediodia en el valle de Annon, casi en el ángulo del Templo y al frente de Siloan. Nau escribe *Bab-el-Megarebe*. Es la puerta Esterquiliaria ó de las inmunidades, por donde los judíos llevaron á Jesucristo á Pilatos, despues de haberle aprehendido en el Huerto de las Olivas.

*Bab-el-Darahie*, la puerta Dorea; mira al Oriente, y está inmediata al atrio del Templo. Los turcos la han amurallado, pues una profecia les anuncia que los cristianos tomarán un día la ciudad por esta puerta; y se cree que Jesucristo entró por ella el día de Ramos.

*Bab-el-Sidi-Mariam*, la puerta de la Santa Virgen, hácia el Oriente, en frente del monte Olivete. Nau la llama en árabe *Heutta*. Todas las relaciones de la tierra-Santa la denominan *Puerta de San Estéban*, ó de *Maria*, porque fue testigo del martirio de San Estéban, y porque conduce al sepulcro de la Virgen. En tiempo de los judíos se llamaba la *Puerta de los Rebaños*.

*Bab-el-Zahara*, la puerta de la Aurora ó del Cerco; *Cerchiolino*: mira al Septentrion y conduce á la gruta de las Lamentaciones de Jeremías. Los mejores planos de Jerusalén convienen en llamar á esta puerta, *Puerta de Efraim* ó de *Herodes*. Cotovico la suprime, pues la confunde con la puerta de Damasco, y escribe *Porta Dan ascena, sive Efraim*; pero su plano, muy reducido y defectuoso, no puede compararse al de Deshayes, y menos aun al de Shaw. El plano del Viaje español de Vera es muy hermoso, pero recargado é inexacto. Nau no consigna el nombre árabe de la puerta de Efraim; y es quizá el único viajero que la denomina *Puerta de los Turcomanos*. La puerta de Efraim y la Esterquiliaria ó del Estiércol son los dos portillos de Jerusalén.

*Bab-el-Hamond* ó *Bab-el-Cham*, la puerta de la Columna ó de Damasco; mira al Noroeste, y conduce al sepulcro de los Reyes, á Naplusa ó Sichem, á San Juan de Acre y á Damasco. Nau escribe *Bab-el-Amond*. Cuando Simon el Cirineo encontró á Jesucristo cargado con la cruz, venia de la puerta de Damasco. Los peregrinos entraban antiguamente por esta puerta; pero en el día entran por la de Jafa ó de Belém; lo que es causa de que se hayan aplicado los nombres de la puerta de Damasco á la de Jafa ó de los Peregrinos. Esta observacion no ha sido hecha aun, y la consigno aquí para esplicar una confusion de lugares, que origina no pocas dudas en las relaciones de los viajeros.

Hablemos ahora de los pormenores relativos á las calles. Las tres principales se llaman:

*Harat-bab-el-Homond*, la calle de la puerta de la Columna; atraviesa la ciudad de Norte á Mediodia.

*Souk-el-Kebiz*, la calle del Gran-Bazar; su direccion es de Occidente á Oriente.

*Harat-el-Allam*, la Via-Dolorosa; empieza en la Puerta de la Virgen, pasa al pretorio de Pilatos y termina en el Calvario.

Hay además otras siete callejuelas:

*Harat-el-Mulsmín*, la calle de los Turcos.

*Harat-el-Nasara*, la calle de los Cristianos; conduce del Santo Sepulcro al convento latino.

*Harat-el-Asman*, la calle de los Armenios, al Oriente del castillo.

*Harat-el-Youd*, la calle de los Judíos; en esta calle están las carnicerías de la ciudad.

*Harat-bab-Hotta*, la calle contigua al Templo.

*Harat-el-Zahara*. Mi dragoman me tradujo estas palabras por *strada Comparita*, voces cuya significacion ignoro. Me aseguró además que los rebeldes y los bribones habitaban esta calle.

*Harat-el-Maugrabé*, calle de los Maugrabinos. Estos, como queda dicho, son los occidentales ó berberiscos. Entre ellos se cuentan algunos descendientes de los moros espulsados de España por los reyes

Católicos. Estos desterrados fueron recibidos en la ciudad santa con gran caridad; hízoseles construir una mezquita, y aun se les distribuyen pan, frutas y algún dinero. Los herederos de los altivos Abencerrajes; los elegantes arquitectos de la Alhambra, hánse convertido en Jerusalén en porteros, que son muy buscados á causa de su inteligencia, y en correos que se estiman en mucho por su ligereza. ¿Qué dirían Saladino y Ricardo, si alzándose repentinamente de sus tumbas, hallasen á los caballeros moros trocados en conserjes del Santo Sepulcro, y á los caballeros cristianos representados por algunos frailes mendicantes?

En la época del viaje de Benjamin de Tudela, es decir, en tiempo de los reyes franceses de Jerusalén, esta tenía tres órdenes de murallas y cuatro puertas, que Benjamin llama *Porta Somnus Abrahamæ*, *Porta David*, *Porta Sion*, *Porta Jehosaphat*. Por lo que respecta á los tres recintos, estos no se conforman con lo que sabemos del local de Jerusalén, cuando la tomó Saladino. Benjamin halló á muchos judíos establecidos en el cuartel de la Torre de David, que tenían el privilegio esclusivo de teñir los paños y las lanas, mediante una suma que pagaban anualmente al rey.

Los lectores que quieran comparar la Jerusalén moderna con la antigua, pueden recurrir á D' Anville, en su *Disertacion acerca de la antigua Jerusalén*; á Relando, y al padre Lami, *De sancta Civitate et Templo*.

Volvimos al convento á las nueve; y despues de haberme desayunado, fuí á hacer una visita al patriarca griego y al patriarca armenio, que me habian enviado sus saludos por medio de sus dragomanes.

El convento griego linda con la iglesia del Santo Sepulcro, y desde su azotea se descubre un recinto bastante estenso, donde crecen dos ó tres olivos, una palmera y algunos cipreses; la casa de los caballeros de San Juan de Jerusalén ocupaba en otro tiempo este abandonado terreno. El patriarca griego me pareció un escelente sugeto, y á la sazón estaba tan atormentado por el pachá como el guardian de San Salvador. Hablamos de la Grecia, y le pregunté si poseia algunos manuscritos, y me enseñó varios Rituales y tratados de los Padres. Despues de haber bebido el café y recibido tres ó cuatro rosarios, pasé á la habitacion del patriarca armenio.

Este se llamaba *Arsenius*, y era natural de Cesarea en la Capadocia. Desempeñaba el doble cargo de metropolitano de Scythopoli, y de procurador patriarcal de Jerusalén, y me escribió su nombre en un billete que aun conservo. No hallé en su persona ese aire de padecimiento y de opresion que habia advertido en los desgraciados griegos, esclavos en todas partes. El convento armenio es agradable, y en su hermosa iglesia se echa de ver una esmerada limpieza. El patriarca, que se parecia á un turco opulento, y que estaba envuelto en ropajes de seda y sentado en muelles almohadones, me hizo beber un exquisito café de Moka. Luego me fueron presentados dulces secos, agua fresca y blancas servilletas. Quemóse aromática madera de áloes, y fuí perfumado con esencia de rosa hasta el punto de serme incómoda. Arsenius me habló con desprecio de los turcos y me aseguró que el Asia entera esperaba la llegada de los franceses, y que si esto sucedia, la sublevacion seria general. No puede creerse hasta qué punto fermentan los ánimos en el Oriente. He visto á Ali-Agá encolerizarse en Jericó contra un árabe que se mofaba de él y le decia que si el emperador hubiese querido tomar á Jerusalén, hubiera entrado en ella con tanta facilidad como un camello en un campo. Los pueblos orientales están mucho mas familiarizados que nosotros con las ideas de invasion, pues han visto pasar á todos los hombres que han cambiado la faz de la tierra: Sesostris, Ciro, Alejandro, Mahoma y el último conquistador de Europa. Avezados á seguir los destinos de un amo, no tienen ley alguna que

les haga respetar las ideas de órden y de moderacion política; el matar, cuando se dispone de una fuerza mayor, les parece un derecho legitimo; y se someten á él ó lo ejercitan con la misma indiferencia. Pertenecen esencialmente á la espada, y aman todos los prodigios que realiza; la espada es para ellos la vara mágica de un genio que eleva y destruye los imperios. Como ignoran la libertad y carecen de propiedades, la fuerza bruta es su dios. En consecuencia, cuando están mucho tiempo sin ver mostrarse esos famosos conquistadores, ministros de las altas justicias del cielo, parecen unos soldados sin caudillo, unos ciudadanos sin legislador, y una familia sin padre.

Mis dos visitas duraron cerca de una hora, y luego entré en la iglesia del Santo Sepulcro; el turco encargado de abrir sus puertas habia recibido la órden de hallarse pronto á recibirme, y pagué de nuevo á Mahoma el derecho de adorar á Jesucristo. Estudié segunda vez y con mas holgura los monumentos de esta venerada iglesia. Subí á la galería, y en ella encontré al monje copto y al obispo abisinio; ambos son muy pobres, y su sencillez reproduce el recuerdo de los hermosos tiempos del Evangelio. Estos sacerdotes medio salvajes, con la tez abrasada por el sol del trópico, sin otra muestra exterior de autoridad que una túnica azul, y sin otro asilo que el Santo Sepulcro, me interesaron harto mas que el jefe de los papas griegos y el patriarca armenio. Desafío á la imaginacion menos religiosa á que no se sienta conmovida al encontrar tantos pueblos en el sepulcro de Jesucristo, y al oír unas oraciones pronunciadas en cien leguas diferentes en el mismo lugar donde los Apóstoles recibieron del Espíritu-Santo el don de hablar todos los idiomas de la tierra.

Salí á la una del Santo Sepulcro y volvimos á entrar en el convento. Los soldados del pachá lo habian invadido, como queda espuesto, y vivian en él á discrecion. Al volver á mi celda, y al atravesar el corredor con el dragoman Miguel, encontré á dos jóvenes safis, armados de piés á cabeza, que movian un ruido extraordinario; es verdad que no eran muy de temer, porque, dicho sea en oprobio de Mahoma, estaban completamente ébrios. No bien me vieron, me cerraron el paso con estrepitosas carcajadas. Detúveme, pues, para ver en qué paraban tan intempestivos juegos; hasta entonces nada maló presentaban: pero en breve, uno de aquellos tártaros pasó á mi espalda, y tomándome la cabeza, me la encorvó á viva fuerza, mientras su camarada me daba en el cuello golpes de plano con su sable, y el dragoman prorrumpia en desaforados gritos. Libréme al fin de los safis; y abalanzándome al cuello del que me habia cogido por la cabeza, asilé con una mano por la barba, y estrechándole con la otra contra la pared, estuve á punto de ahogarle; hecho esto, le solté, pues le habia devuelto chanzoneta por chanzoneta é insulto por insulto. El otro safi, tomado del vino y desconcertado por mi accion, no pensó en vengar el agravio mas terrible que puede inferirse á un turco, cual es el sujetarle por las barbas. Retiréme á mi aposento, y me preparé á toda eventualidad. El padre guardian no sintió mucho que hubiese castigado un poco á sus perseguidores; pero temia alguna catástrofe; mas como un turco humillado nunca es temible, no oímos hablar de ningun hecho desagradable.

Comí á las dos, y salí á las tres con mi habitual comitiva. Visité los sepulcros de los Reyes; desde donde, dando á pié la vuelta de la ciudad, me detuve en los sepulcros de Absalon, Josafat y Zacarias en el valle de Josafat. He dicho que los sepulcros de los Reyes estaban fuera de la puerta de Efraim, al Norte, á tres ó cuatro tiros de fusil de la gruta de Jeremías. Hablemos ya de los monumentos de Jerusalén.

Los divido en seis clases.

1.º Los monumentos puramente hebreos; 2.º los

monumentos griegos y romanos del Paganismo; 3.º los monumentos griegos y romanos del Cristianismo; 4.º los monumentos árabes ó moriscos; 5.º los monumentos góticos del tiempo de los reyes franceses; 6.º los monumentos turcos.

Ocupémosnos de los primeros.

Ningun vestigio queda de ellos en Jerusalén, exceptuando la Piscina Probática; porque clasifico los sepulcros de los Reyes y los de Absalon, Josafat y Zacarias en el número de los monumentos griegos y romanos ejecutados por los judíos.

Es difícil formarse una idea exacta del primer templo y aun del segundo, por lo que de él se dice en la Escritura, y por la descripcion de Josefo; pero se vislumbran dos cosas: una es que los judíos se complacian en imprimir cierto sello sombrío y magestuoso en sus edificios, como los egipcios; es la otra que eran inclinados á los detalles minuciosos y á la ornamentacion esmerada, sea en los grabados de las piedras, sea en los adornos en madera, bronce ú oro.

Habiendo destruido los sirios el templo de Salomon, el segundo templo, edificado por Herodes el Ascalonita, entró en la serie de esas obras medio judías, medio griegas, de que hablaré en breve.

Nada resta, pues, de la primitiva arquitectura judia en Jerusalén, á no ser la Piscina Probática. Aun se la ve cerca de la puerta de San Estéban, y limitaba el Templo por el lado del Septentrion. Es un reservatorio de cincuenta piés de largo y cuarenta de ancho. Su escavacion está sostenida por unas paredes formadas de esta manera: una capa de piedras gruesas unidas por medio de unas abrazaderas ó garfios de hierro; una silleria mezclada, aplicada á estas piedras; una capa de guijarros adherida á esta silleria, y una argamasa esparecida sobre estos guijarros. Estas cuatro capas son perpendiculares al suelo y no horizontales; la argamasa estaba del lado del agua, y las piedras gruesas se apoyaban y se apoyan todavía en la tierra.

Esta piscina está seca y medio cegada en el dia; crecen en ella algunos granados y una especie de tamarindo salvaje, de azulado verdor; el ángulo que mira á Occidente está lleno de nópalos. En la parte occidental se ven dos arcadas que dan nacimiento á dos bóvedas; acaso eran un acueducto que llevaba el agua al interior del templo.

Josefo llama á esta piscina *Stagnum Salomonis*, y el Evangelio le da el nombre de *Probática*, porque en ella se purificaban las ovejas destinadas á los sacrificios. Jesucristo dijo al paralítico en la orilla de esta piscina:

« Levántate, y lleva tu cama. »

¡ Hé aquí todo lo que queda hoy de la Jerusalén de David y Salomon !

Los monumentos de la Jerusalén griega y romana son mucho mas numerosos, y forman una clase nueva y muy estraña en las artes. Empiezo por los sepulcros de los valles de Josafat y Siloé.

Cuando se pasa el torrente Cedron, se halla al pié del *Mons Offensionis* el sepulcro de Absalon. Es una masa cuadrada que tiene ocho pasos en cada costado; está formada de una sola roca, que ha sido cortada en la montaña vecina, de la que solo está separada quince piés. El adorno de este sepulcro consiste en veinte y cuatro columnas del órden dórico, sin estrias, seis en cada frente del monumento. Estas columnas están semi-adheridas á sus respectivos costados, y forman parte integrante de la mole, pues han sido talladas en su espesor. Sobre los capiteles se estiende el friso con los triglifos. Sobre este friso descuello un zócalo que sustenta una pirámide triangular, demasiado alta, atendida la elevacion total del sepulcro. Esta pirámide es de un trozo diferente del cuerpo del monumento.

El sepulcro de Zacarias es muy parecido á este, pues está tallado en la piedra de la misma manera, y

termina en una punta un poco encorvada como el gorro frigio ó como un monumento chino. El sepulcro de Josafat es una gruta cuya puerta, de bastante buen gusto, constituye el principal adorno. Por último, el sepulcro donde se ocultó el apóstol Santiago, presenta en el valle de Siloé un pórtico de agradable perspectiva. Las cuatro columnas que lo componen no descansan sobre el suelo, sino que están colocadas á cierta altura en el peñasco, como la columnata del Louvre sobre el primer cuerpo del palacio.

Vemos, pues, que la tradicion señala nombres á estos sepulcros. Arculfo, en Adamano (*De Locis Sanctis*, lib. I, cap. X); Villalpando (*Antique Jerusalem Descriptio*); Adricomio (*Sentencia de loco sepulcri Absalon*); Cuaresmio, (tom. II, cap. IV y V), y otros muchos han hablado de estos nombres, ó agotado acerca de ellos la crítica de la historia. Pero aun cuando la tradicion no fuese desmentida en este caso por los hechos, la arquitectura de estos monumentos probaria cumplidamente que su origen no se remonta á la primera antigüedad judica.

Si me fuese preciso fijar de un modo terminante la época en que han sido construidos estos mausoleos, la colocaria en la de la alianza de los judíos y los lace demonios, en tiempo de los primeros Macabeos. El órden dórico dominaba aun en la Grecia, pues el corintio no invadió la arquitectura sino un siglo despues, cuando los romanos empezaron á extenderse por el Peloponeso y el Asia.

Empero los judíos al naturalizar en Jerusalén la arquitectura de Corinto y Atenas, mezclaron en ella las formas de su propio estilo. Los sepulcros del valle de Josafat, y especialmente los de que hablaré en breve, presentan la marcada alianza del gusto egipcio con el gusto griego. De esta alianza resultó una especie de monumentos dudosos, que forman, por decirlo así, el paso de las Pirámides al Parténon; monumentos en que se descubre un genio sombrío, atrevido, gigantesco, y una imaginacion risueña, sabia y juiciosa. Así vemos que en tiempo de Francisco I, la arquitectura griega se mezcló con el estilo gótico y produjo obras de encantador efecto. Vamos á ver un hermoso ejemplo de la verdad espuesta en el sepulcro de los Reyes.

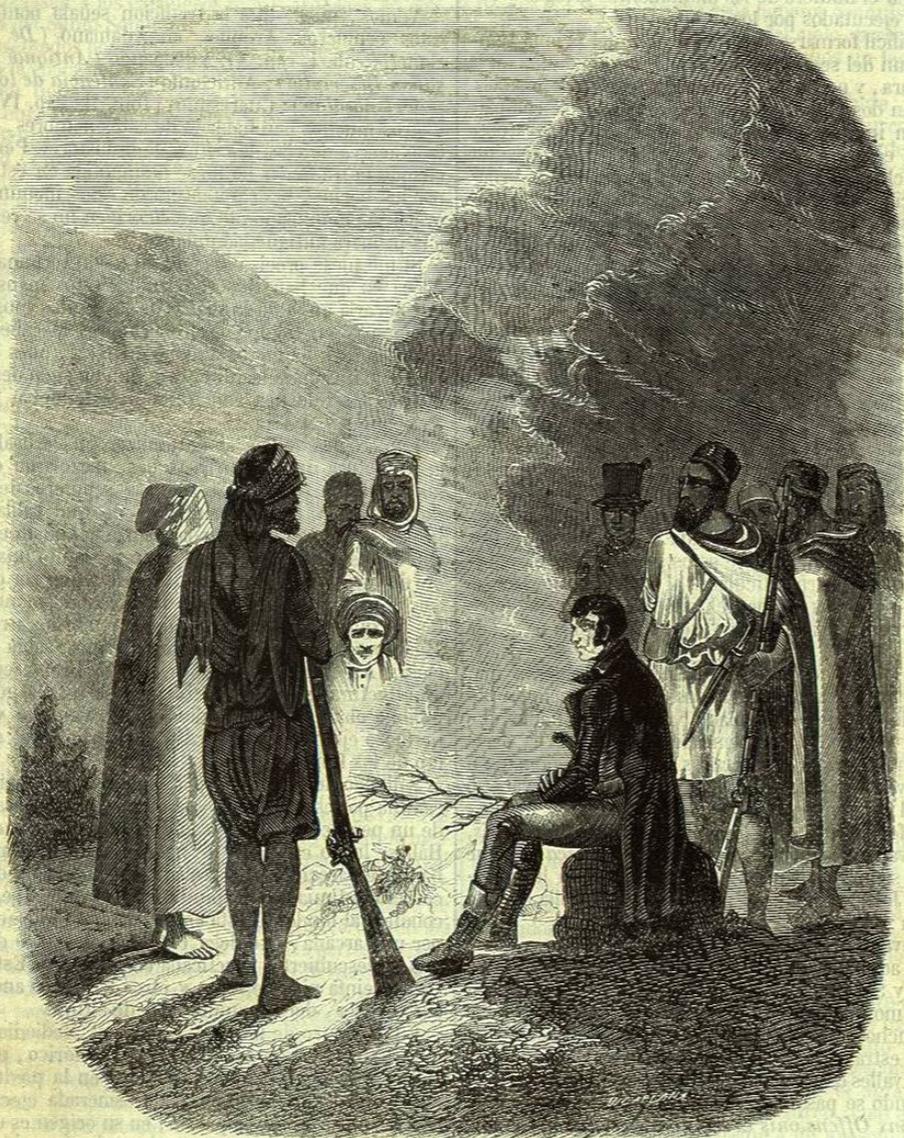
Saliendo de Jerusalén por la puerta de Efraim, se camina por espacio de media milla sobre la plataforma de un peñasco rojizo, en que crecen algunos olivos. Hállase luego en medio de un campo una escavacion bastante parecida á los trabajos abandonados de una cantera antigua. Un camino ancho y en declive suave conduce al fondo de esta escavacion, en que se entra por una arcada, y se llega entonces al centro de una sala al descubierto, practicada en la piedra. Esta sala tiene treinta piés de largo y otros tantos de ancho; y sus paredes, doce ó quince piés de altura.

En el centro de la pared que da al Mediodia se ve una gran puerta cuadrada, de órden dórico, practicada á muchos piés de profundidad en la piedra. Un friso, algo caprichoso, pero de esmerada ejecucion, está esculpido sobre la piedra; en su origen es un triglifo seguido de una metopa adornada con un simple anillo; luego se ve un racimo de uvas, entre dos coronas y dos palmas. Déjase ver el triglifo, y la línea se prolongaba sin duda del mismo modo á lo largo de la piedra; pero está actualmente borrada. A diez pulgadas de este friso se ve un follaje intercalado de pinas y otro fruto que no he podido reconocer, pero que se asemeja á un limoncillo de Egipto. Esta última decoracion seguia paralelamente el friso, y bajaba luego á entrambos lados de la puerta.

En el ángulo izquierdo de esta gran puerta, se abre un canal por donde se caminaba en otro tiempo de pié, pero por el cual es preciso hoy arrastrarse, y va á dar, como en la gran Pirámide, á un aposento cuadrado, practicado en la piedra á martillo y cincel. En

las paredes de este aposento hay unos nichos de seis pies de largo por tres de ancho, para colocar los féretros. Tres puertas abovedadas abren paso desde este primer aposento á otras siete moradas sepulcrales, de dimensiones desiguales, abiertas en la peña viva, y cuyo dibujo es difícil distinguir bien, especialmente al

incierto resplandor de las antorchas. Una de estas grutas, mas baja que las demás, y en la que se bajan seis escalones, ha encerrado, al parecer, los principales féretros. Estos estaban colocados de la manera siguiente: el mas distinguido de todos estaba en el fondo de la gruta, en frente de la puerta de entrada, en el ni-



CHATEAUBRIAND VIVAQUEANDO EN LAS ORILLAS DEL MAR MUERTO.

cho, ó por mejor decir en el estuche que le habia sido dispuesto; á uno y otro lado de la puerta se advierten unas bovedillas destinadas á los difuntos de menos ilustre gerarquía, como para los guardias de aquellos reyes, que ya no habian menester de su auxilio. Los féretros, de que no se ven sino algunos fragmentos, eran de piedra y estaban adornados de elegantes arabescos.

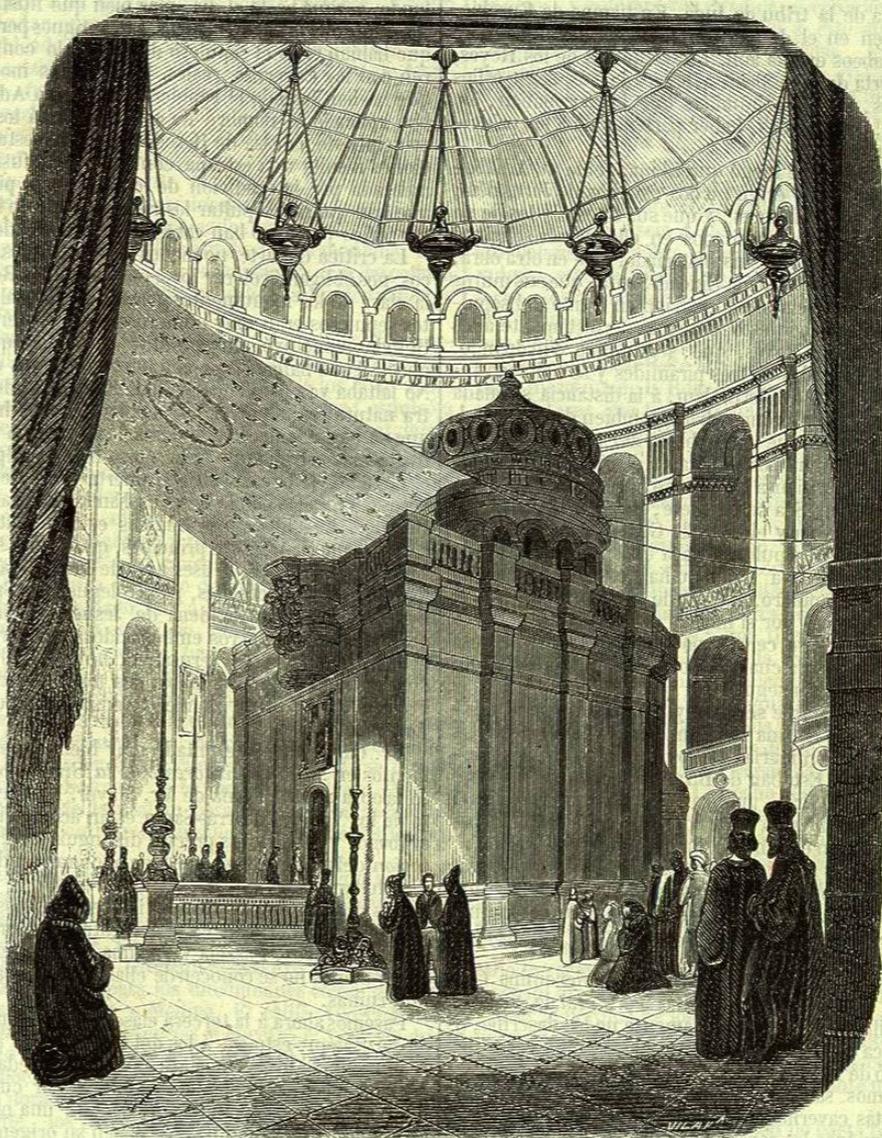
Lo que mas llama la atención en estos sepulcros son las puertas de las mansiones mortuorias; son de la

misma piedra que la gruta, como tambien los goznes y espigones sobre que giran. Casi todos los viajeros han creido que habian sido talladas en la misma roca; pero esto es visiblemente imposible como lo prueba muy bien el padre Nau. Thevenot asegura «que rascando un poco el polvo, se ven las juntas de las piedras, que fueron colocadas despues de haberlo sido las puertas, con sus espigones en los agujeros.» No obstante, he rascado el polvo, y no he visto tales muestras

al pié de la única puerta que subsiste en pié, pues todas las demás están rotas y arrojadas dentro de las grutas.

Al entrar en los palacios de la muerte, me incliné á tomarlos por unos baños de arquitectura romana, como los del centro de la Sibila, cerca del lago Averno.

No hablo aquí sino del efecto general, para hacerme comprender, pues sabia muy bien que me hallaba en unos sepulcros. Arculfo (*Apud Adamann*), que los describió con gran exactitud (*Sepulcra sunt in naturali collis rupe*, etc.), habia visto algunos huesos en los féretros. Muchos siglos despues, Villamont halló tambien



VISTA INTERIOR DE LA IGLESIA DEL SANTO SEPULCRO.

en ellos las cenizas que en vano se buscan actualmente. Este monumento subterráneo se anunciaba en lo exterior por tres pirámides, una de las cuales permanecía aun en tiempo de Villalpando. No sé que es lo que debe creerse de Zuellard y de Appart, que describen obras exteriores y peristilos.

Suscita se una cuestión acerca de estos sepulcros llamados *Sepulcros de los Reyes*. ¿De qué reyes se trata? Según un pasaje de los *Paralipómenos*, y algunos otros lugares de la Escritura, se ve que los sepulcros

de los reyes de Judá estaban dentro de Jerusalém *Dormitque Achaz cum patribus suis et sepelierun eum in civitate Jerusalem*. David tenia su sepulcro en el monte Sion; por otra parte, en los adornos del sepulcro de los Reyes se echa de ver el cincel griego.

Josefo, á quien es preciso recurrir, cita tres famosos mausoleos.

El primero era el de los Macabeos, erigido por su hermano Simon: «Era, dice Josefo, de mármol blanco, bruñido, y tan alto que se le descubre á larga distan-